

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Replanteamiento del Estado. *Por José Lois Estévez*

RESIGNARSE a los hechos es una tendencia natural del hombre. Tal vez, no por otra causa que por nuestra propensión a la pereza. Cambiar las cosas, significa siempre un doble esfuerzo. Primero, de ideación. Después de ejecución. Ambos son difíciles y arredran; por lo que, a menudo, retrocedemos ante ellos. Permítanme un ejemplo. Aristóteles fue sin duda uno de los mayores talentos de la humanidad. Muchas ciencias se deben a su genio. Basta evocar la lógica y la política. Y no son las únicas.

Está, pues, claro que carecía, en absoluto, de desidia intelectual. Al contrario, su audacia en el análisis le llevó al estudio de las categorías, planteando un problema que aún hoy sigue acuciando el interés de los más grandes filósofos. En cambio, enfrentado al hecho de la esclavitud, se reconcilió con él, porque, a su juicio, sólo cabría superarlo “si cada instrumento pudiese trabajar por sí mismo”. En cierto sentido tuvo razón, porque fue el maquinismo lo que hizo posible abolirla, como la informática conseguirá liberarnos de labores serviles.

Entre las múltiples doctrinas que atrajeron su atención, Aristóteles –como después Adan Smith– estudió la significación social de la división del trabajo y se dio cuenta de la importancia que tenía para el progreso y se dio cuenta de la importancia que tenía para el progreso la especialización profesional, el hecho de que cada miembro de la sociedad estuviera preparado para desempeñar óptimamente su parte en la obra conjunta de superación que mejorará nuestras expectativas de supervivencia como especie.

Frente a los innumerables problemas que la vida en sociedad nos plantea, el hombre aislado se muestra insuficiente. Pero, por fortuna, nuestras inclinaciones y aptitudes están muy desigualmente repartidas. No a todos nos interesan las mismas cosas, ni tenemos igual habilidad para hacerlas. Quien sirve para cierto cometido; quien para otro. Uno es capaz de inspirar obediencia y organizar grandes grupos humanos y se siente con vocación de mando. Busca, entonces, compaginar las disparidades, para que resulte de su combinación una unidad armónica, como hace la música con los distintos sonos. Tiende a cumplir así la finalidad sagazmente las mejores aportaciones que los diferentes saberes consistirá, pues, en averiguar quiénes son en la sociedad las personas más idóneas, por su experticia superior, para llevar a cabo los diversos menesteres (hoy se convierten en “ministerios”) a que dan lugar esas necesidades colectivas que sólo la colaboración entre muchos permite solventar.

Tan importante parecía a los filósofos griegos esta finalidad que nada menos que Platón cifraba en ella la exigencia primordial de la Justicia: El más capacitado para un puesto tiene derecho a ser designado para desempeñarlo.

Este principio, llevado hasta sus últimas consecuencias, revolucionaría los sistemas políticos actuales. Pues no todos son igualmente aptos para dar una respuesta justa a la selección de los más capaces. Para conseguirlo se va imponiendo ya otra tentativa de privatización, puesto que ciertas entidades públicas tratan de cometer a empresas privadas la elección de personal idóneo.

Como es sabido, cuando un empresario privado necesita expertos para determinados puestos, o

funciones, si él personalmente ignora cómo dar con ellos, busca el asesoramiento de quienes puedan informarle. Esto hacemos también cada uno a diario. Si necesitamos el dictamen de un especialista en una enfermedad, averiguamos donde hallar el mejor que esté a nuestro alcance. No sabiendo quien es, recurrimos a un médico de confianza y le preguntamos: ¿A quién podría recurrir en tal especialidad para ser tratado con éxito más probable?

Esta regla se aplica con generalidad. Si uno ignora quién es quién en una Ciencia o en un Arte, pide informe a los que puedan dárselo. Después decide. Tal debiera ser regla obligatoria en política. Porque “cualquier selección de hombres efectuada por los que mandan sin saber, será siempre inferior a la que podría ser hecha por los que saben sin mandar”.

Cuando hablamos de privatizaciones en el Estado, estamos pronunciándonos por este criterio. La eficacia política depende del acierto electivo de los líderes. Y, naturalmente, cuanto más amplio sea el sector humano entre el que cabe seleccionar, más probabilidades de una elección acertada. Por eso, parece inadecuada la selección partidista. Los más grandes partidos cuentan con un exiguo número de afiliados. ¿Cuál es la probabilidad de que entre ellos sea posible encontrar los mejores para cada cargo?

La sociedad intuye casi inconscientemente tal hecho y de ahí su tendencia espontánea hacia el bipartidismo. Mejor sería aún salirse del ámbito parciario para no limitar espacialmente la esfera donde practicar la elección. Los condicionamientos ideológicos son un estorbo, porque imponen sus prejuicios. Y el que verdaderamente muestra su saber, no los tiene. ¿Qué le puede añadir a un fontanero, a un electricista o a un médico, como sabio en su oficio, el color o la posición del partido en que eventualmente milite? Digo más: ¿Le suma o le resta? Hoy, con el visible “crepúsculo de las ideologías” que pronosticó antes que nadie un español, bien conocido. Fernández de la Mora, más bien resta que suma.

Entonces ¿no será conveniente ‘impersonalizar’ las complicadas tareas de seleccionar al personal más idóneo a través de expertos, que mediante el “dedo mágico” del poderoso? Los políticos tienen en su favor un argumento nada despreciable para elegir según su propio criterio: Necesitan gente de confianza para que sus designios no se vean traicionados. Bien; aceptémoslo. Pero ambos procedimientos podrían conciliarse. Cuando los expertos señalen los elegibles, que se decida en político por alguno de ellos.

(*) *Catedrático emérito
de Epistemología*